

UNA REVOLUCIÓN URGENTE

Lucy Molinar

Permítanme iniciar con un relato personal. Una de las cosas que más lamento de mi adolescencia es no haber conocido el verdadero significado de la *libertad*. Para entonces era algo así como déjenme en paz, desatar cadenas y/o hacer, pensar y decir lo que me da la gana.

Cuando leí que muy por el contrario *libertad* es aferrarse a algo conocido por la *inteligencia* y querido por la *voluntad*, sentí que había perdido el tiempo porque no tenía un plan de vida, una estructura de ideas por las cuales jugarme la vida. Por dicha, Dios me dio el inmenso privilegio de encontrar una fuente de información suficientemente comprometida con la verdad como para evaluar todo bajo el prisma de las ideas que defiendo; pero, en este preciso instante pienso en mis hijos, en nuestros hijos, en nuestras sociedad actual.

Quisiera ser muy breve y, para eso, permítanme plantear algunos argumentos que me llevan a concluir en la necesidad de una revolución urgente: ¿Cuál es la fuente cotidiana de conocimiento de nuestros hijos?

1. Haciendo un ejercicio de realismo salvaje, no es muy difícil concluir que en la mayoría de nuestros países la educación formal, en escuelas y colegios (salvo honrosas excepciones), se limita a una instrucción calculada de temas específicos que cumplen un plan establecido.

2. Estadísticas en materia de familia arrojan datos escalofriantes: al menos en mi país el porcentaje de separaciones alarma. Y, cuando no es la situación económica, la necesidad de consumo, de tener (marcas, artefactos, etc.) obliga a muchos matrimonios a invertir tanto tiempo en procura de recursos que a la casa vamos a descansar y, a la hora de las preguntas, las respuestas son: sí, no, porque sí, porque no... estoy agotada/o.

3. Los medios de comunicación. Llevo algunos años trabajando en televisión primero en Sudamérica y actualmente en mi país y he visto poner y sacar de moda cosas tan increíbles como un pantalón, una manera de bailar, una forma de caminar y, lo más peligroso: una idea. Pero, una idea de quién, con qué objeto.

Me niego a plantear aquí un panorama apocalíptico porque no todo está perdido. El primer pelotón de la revolución que les propongo, irrumpiría en las estructuras de nuestros sistemas educativos para resucitarles el valor de la persona, para emprender el conocimiento profundo que lleva a la verdad y Verdad escrita con mayúscula: “educar–

afirma el Beato Josemaría– consiste en realizar una espléndida siembra de verdad: El error no sólo oscurece la inteligencia, sino que divide las voluntades. Sólo cuando los hombres se acostumbren a decir y a oír la verdad habrá comprensión y concordia”. Y podríamos añadir pasaríamos de este estado de instrucción a cumplir esa definición maravillosa que dice que educar viene de *educere*: sacar de dentro las potencialidades de cada persona para que desarrolle aquellos talentos que posee para su desarrollo personal y de la sociedad en que vivimos. Para que nuestros hijos tengan información que les permita hacer un ejercicio responsable de su libertad, para que sepan a qué aferrarse y por qué luchar.

El segundo pelotón podría irrumpir en los hogares. Estamos viendo demasiadas novelas: ¿existe alguna en la que la esposa no sea la villana gorda y fea que con su maldad empuja al hombre a refugiarse en los brazos de la amiga que le escucha y consuela?... ¿O la mujer joven y guapa que aspira a que su príncipe azul le traiga flores todos los días y la llene de piropos cuando ni él ni ella tienen tiempo, sacan tiempo para otra cosa que no sea trabajar, cumplir compromisos y proveer a los hijos? Queremos hogares *luminosos y alegres*, de gente comprometida en un proyecto común hacia adentro y hacia afuera, formados padres e hijos para hacerle frente al bombardeo externo y no tan externo de los medios de comunicación: la televisión que entra todos los días a nuestra casa....

A ella apunta nuestro tercer pelotón. En la busca de *ratings*, los medios hemos jugado tan peligrosamente al impacto, que pareciera que estamos doblando la esquina en la que lo normal será la novedad. Este es el momento nuestro. Tenemos que salir a dar la cara, decir que existimos, que sí se puede llevar una vida con coherencia entre lo que creemos y lo que hacemos.

No es cierto que la Verdad, la que se escribe con mayúscula, sea aburrida, haya pasado de moda o que tengamos que relativizarla.

No puede ser que una minoría de malintencionados o intencionados con exclusividad comercial sea quien imponga la moda o se apodere del mundo de las ideas y por tanto de la forma que toma la vida de muchos de nuestros jóvenes. Eso es un peligro y si lo permitimos, nuestros hijos no serán libres.

Hace algún tiempo se hizo en mi país una encuesta entre muchachas entre 13 y 18 años en la que se les preguntaba, entre otras cosas, cuándo empieza la vida, qué pensaban sobre el aborto, la pobreza, y la justicia. Las respuestas fueron, a mi juicio, tremendamente confusas: sí, pero no; es que pobrecitos o pobrecitas. Lo terrible de esta historia llega cuando se les pregunta de dónde obtienen información para formar su criterio sobre estos temas. No puedo ser exacta pero más del 50% hablaron de la observación de su entorno o de su “experiencia”, unas cuantas habían leído o estudiado en la escuela y pocas, poquísimas hablaban de sus hogares o de lo que habían aprendido a la luz de la fe. Es más, hubo un grupo que aseguró que en esos temas (pobreza, justicia, etc.) no se puede mezclar la fe porque son demasiado terrenales...

Muchos nos preguntamos: a dónde está la escuela, a dónde la familia. Lo que sí estamos seguros es que sabemos a dónde está la televisión: probablemente en la sala, en el comedor o en el cuarto donde ni siquiera voy a discutir con nadie lo que veo: me lo trago.

He venido a proponer una revolución urgente porque no podemos poner la lámpara debajo de la mesa. Y aquí se impone la exhortación de Monseñor Escrivá de Balaguer a “saber materializar la vida espiritual”. Quería apartarlos así de la tentación tan frecuente, entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de la otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales”.

EDUCACIÓN, FAMILIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN, una trilogía clave para mejorar el mundo, pero los tres son sólo estructuras, hace falta nuestro compromiso, el suyo y el mío para meternos y luchar porque el educador coja *a cada alma como si fuera un tesoro*. Luchar porque haya más hogares donde vaciar inquietudes y llenar ideales. Y por último, atrevernos a salir del closet, aprovechar los medios de comunicación para transmitir ideas, para transmitir, la Verdad.

El mundo vive de la mentira –comentaba una vez el Padre–; y hace veinte siglos que vino la Verdad a los hombres. Hay que decir la verdad. Y a eso vamos.

Muchas gracias.